

RADIOGRAFIA DE AMERICA LATINA

por
**Juan
Mozzicafreddo**

AMERICA Latina oscilaba entre momentos de calma y breves períodos de inquietud. Así pasaba de fugaces inconformismos para instalarse nuevamente en la aceptación de la realidad. Hoy pareciera ser que los breves momentos de intranquilidad se tornan eternos instantes de perturbación, donde la agitación y la movilización política no discurre ya por los tradicionales canales del poder, ni por los mismos sectores que hasta hace poco se la disputaban.

El hecho político y la realidad latinoamericana se torna patrimonio de casi todos los sectores sociales. Pero esta movilización o participación política está acompañada por una señal significativa; la violencia. Es hoy la característica más sobresaliente en las relaciones sociales de nuestra región. La violencia, patrimonio de los grupos insurgentes o ascendentes, se transformó desde una respuesta momentánea y controlada de los grupos rivales en el poder a la exteriorización de toda una actitud social y general que invade el horizonte otrora tranquilo.

Es importante ver que la violencia que hoy se manifiesta en la mayoría de los países de América Latina —Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Ecuador, etc.— y también en Centro América —Salvador, Honduras, Haití— no es propiedad exclusiva de grupos minoritarios o “marginados”, sino que abarca a la mayoría de las poblaciones. Y no es sólo violencia política, sino también cultural y existencial. La violencia está instalada en la epidermis de nuestra realidad. Es el humor que hoy nos invade y nos sacude.

Tal vez la característica más importante que pueda observarse en dicho humor violento sean los objetivos concretos y comunes que se profesan a través de las fronteras nacionales. La violencia, digamos, “universalizada” en la región reconoce un objetivo común: la reforma o la revolu-

ción. En rigor su patrón de conducta es el cambio. La violencia es un instrumento, una técnica. No es elevada a la categoría de fin autónomo, sino de medio, de canal hacia objetivos o fines. Pareciera ser que la coincidencia se da, hoy, sobre el reconocimiento de la violencia como instrumento y a la vez legitimado. Esta es la cuestión; observar cual es el grado de su legitimación. Para ello es preciso analizar si la violencia notoria en la región es causa o efecto, es decir, si su exteriorización reconoce motivos.

A la violencia podemos verla desde el punto de vista “manifiesto” o “latente”. Desde esta última forma, es preciso observarla con atención para aclarar si la violencia manifiesta de hoy es un fin en sí misma o sin reconocer otras motivaciones que la incitan.

REALIDAD LATINOAMERICANA

La violencia “latente” no se revela, digamos, ruidosa y materialmente en hechos bélicos como la “manifiesta” y ello es así porque su exhibición y exteriorización se encuentra en la realidad. Es claro, entonces, que lo fundamental es analizar la realidad social de América Latina. A efectos de circunscribirnos al tema y dar un panorama general y claro, hemos agrupado la realidad de la región en tres capítulos principales; los sistemas políticos, la estructura socio-económica y el proceso político.

La característica principal de los sistemas políticos de América Latina es la posesión minoritaria del poder, el carácter reducido de quienes tienen el control de las decisiones políticas. En verdad, salvo excepciones, la mayoría de las naciones están dirigidas por oligarquías —oligos: pocos y arkhe: gobierno; gobierno de pocos— —y autocracias— auto: uno, kratos:

poder—. A título de ejemplo mencionaremos algunos casos concretos como Brasil, Uruguay, Argentina, Colombia, Bolivia, etc., en donde la participación política total no es una realidad. La conducción es patrimonio de un reducido grupo de personas que imponen sus decisiones a la mayoría. Es evidente que esta restricción a la participación choca con la resistencia natural de la mayoría, que con legítima razón, pretende participar también en las decisiones de su destino o realidad. Es decir que la restricción de la mayoría y la retención del poder de la minoría, violenta —del lat. *violentus*; que esta fuera de su natural estado o situación— el natural anhelo y la necesaria participación de la mayoría en el poder. A su vez es importante ver que esa mayoría marginada del poder y que en parte compone la oposición institucional y convencional o tradicional, además de mostrar cierta inoperancia en el cambio de la sociedad, resiste la renovación de sus cuadros y concepciones políticas. Cierra el paso a la renovación del poder político —en la oposición— y con ello violenta, también, una realidad: los sectores generacionalmente jóvenes que pugnan por ocupar parte del poder y renovar la sociedad de la cual son marginados. Ejemplo de ello son los grupos universitarios, el clero posconciliar, la juventud política, etc., que protagonizaron, entre otros, los hechos de Córdoba en mayo, los sucesos de Uruguay, Ecuador, Brasil, etc.

Es decir, entonces, que la institucionalización minoritaria del poder da curso, como hemos visto, a la violencia "latente" y motiva —por esa misma razón— la violencia "manifiesta" que hoy se observa.

En la estructura socio-económica es posible ver, tal vez, una de las principales causas de la inquietud latinoamericana. La mayoría de esta población soporta un sistema socio-económico basado, fundamentalmente, en la desigual distribución de los ingresos y en la marginación del poder de decidir el ritmo y la dirección económica y social. Desde el punto de vista de la participación en la creación del producto, ya sea industrial o rural, es evidente la ausencia de función social —preconizada tantas veces por la Iglesia— en el sistema económico.

El sentimiento de marginados que tienen la mayoría de la población de esta región subdesarrollada se exterioriza y evidencia, en parte, en la distribución del ingreso nacional promedio de los países latinoamericanos; el 5 % de la población o sea 12 millones, percibe el 43 % del total de los ingresos nacionales, mientras que el 52 % de la población, es decir 126 millones de hombres, reciben solo el 16 % del total del ingreso nacional de toda latinoamérica.¹ No es solo un sentimiento, sino que es una realidad con la cual conviven en esta región de América. Esta situación social

NOVEDADES

Depalma

Talcahuano 494
Buenos Aires
Tel. 40-7306

ADER Y KUTNOWSKI: Administración de empresas. 1969, 112 ps.

ALVO: Prenda con registro. Vol II, 1969, 716 ps.

CORDEIRO ALVAREZ: Tratado de los privilegios. 2ª ed. actualizada, 1969, 704 ps.

INSTITUTO INTERAMERICANO DE ESTUDIOS JURIDICOS INTERNACIONALES: Derecho de la integración latinoamericana, 1969, 1152 ps.

GATTARI: Objeto de la ciencia del derecho notarial, 1969, 168 ps.

LEVENE: Manual de historia del derecho argentino. 4ª ed., 1969, 480 ps.

PRIMER SEMINARIO: La enseñanza y la investigación, 1969, 208 ps.

SPOTA: Sobre las reformas al código civil, 1969, 260 ps.

TOZZINI: El suicidio, 1969, 200 ps.

VICCHI: Temas de economía y otros ensayos. Balance de pagos. Moneda. Inflación. 1969, 272 ps.

CULTURAL UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

Callao 542

Buenos Aires

También en

ESTUDIO S. C. A.

Lavalle 1145

Buenos Aires

Tel. 35-9687

y principales librerías

violenta, indudablemente, el natural anhelo de justicia social de los habitantes. Esta injusticia social violenta la conciencia del hombre que descubre en la modificación de esta realidad impuesta, la posibilidad de ejercer una vida plena y justa.

La marginación también alcanza, por otra parte, en la estructura productiva. Mientras que el crecimiento de la renta anual per cápita ha sido en toda latinoamérica de 0,4 desde 1960 al 1964, y el crecimiento del producto bruto ha sido desde el 1960 al 1969 de solo 1,7 % anual en tanto que la tasa demográfica crece al vertiginoso ritmo de 2,9 %, las utilidades de las empresas extranjeras, remitidas a su país, ha sido en el período 1940 al 1950, de 2145 millones de dólares, de una inversión original de 590 millones. Hoy, según lo manifestado en mayo último cuando la reunión de la comisión de Viña del Mar, en Chile, de cada un dólar que las empresas extranjeras invierten en la región, retornan cinco dólares a su lugar de origen.

Es claro, entonces, que estamos en presencia de una economía monopólica y extranjera —en Argentina solamente el 51 % de las empresas están en manos extranjeras; el 22 % de EE.UU. y el 29 % de Europa¹— es independiente del sistema económico subdesarrollado de la región. Esta realidad del sistema productivo, aunque no ejerza presión bélica, violenta la necesidad lógica y el deseo normal de toda sociedad y de sus integrantes de crecer o desarrollarse industrialmente e independiente de un dominio neocolonialista.

“La violencia del colonizado es creadora de libertad”, ha dicho filosóficamente Sartre. El motivo de la violencia “manifiesta” del colonizado es, evidentemente, la violencia “latente” e institucionalizada del sistema socio-económico latinoamericano.

Y, finalmente, vemos un tercer grupo económico con incidencia importante en la estructura económica de la región. Es sabido que la principal fuente de divisas —el 90 %— provienen de las exportaciones hacia afuera de la región y que más del 50 % de ella radica en la economía norteamericana. Ahora bien, la contribución económica de las regiones subdesarrolladas es en gran parte irreal, pues vemos que durante el quinquenio 55-60, América Latina perdió mediante la relación de los términos de intercambio la suma de 7.300 millones de dólares. Resulta claro que dicha relación económica no ha sido todo lo beneficiosa que prometen, en su política de ayuda, los países desarrollados y principalmente los EE.UU. Es también claro que la resistencia y la inquietud no se dirige sólo a los EE.UU., en este caso, sino también al sistema socio-económico de la región que posibilita dicha realidad. La violencia “manifiesta” está motivada por esta realidad que violenta

—más sutil e imperceptible, pero más sólida y concreta— el deseo de constituir regiones económicamente desarrolladas e independientes. Como dijera Paulo VI en una de sus alocuciones, es la nueva versión del colonialismo —llamado “neo-colonialismo”— que impide en gran parte la autonomía de los pueblos.

Y, por último, el proceso político donde la politización y la movilización es precaria y escasa y cuyas instituciones políticas no tienen en cuenta el bien común general, sino fines sectoriales, viene a constituir una situación de subdesarrollo político. Una circunstancia tal implica necesariamente una ineficiente promoción del interés general, violentando el fin natural de una organización política del poder: el bien común. Al no existir canales de acceso al poder, fines comunes compartidos y una eficiente tarea política o de conducción —como la sienten la mayoría de los latinoamericanos— motivada en gran parte por la realidad económica analizada, es natural que la política se desplace al campo de la violencia como respuesta a la ineficiencia y a la injusticia social.

VIOLENCIA Y LEGITIMIDAD

Ahora estamos en condiciones de retomar la anterior cuestión de si la violencia es un fin en sí mismo o está motivada por razones de circunstancia. De acuerdo a lo que hemos visto la violencia es resistir una realidad no compartida y esa realidad no querida por los latinoamericanos la analizamos en los sistemas políticos, en la estructura socio-económica y en el proceso político. La violencia se transforma hoy en un instrumento de rechazo; es una violencia defensiva frente a una violencia vista como institucionalizada y ofensiva. Allí la violencia como respuesta se legitima por su acción y su fin: cambiar y modificar un sistema político y socio-económico que no permite la libre y plena realización de las naciones y de los hombres que en ellas habitan. Es claro que dicha violencia lleva a una desesperación; la necesidad de resistir a una realidad estática. “Si son violentos es porque están desesperados. Y la desesperación puede ser el motor de una acción política eficaz”, ha dicho Herbert Marcuse. Esta es la nueva realidad política de la región y a partir de ella es necesario analizar su proceso político para lograr el anhelo de la mayoría de los latinoamericanos: la revolución de la sociedad. ♦

1 Fuente: CEPAL. Estudios económicos sobre A. Latina.

2 CELSO FURTADO: Subdesarrollo y estancamiento en A. Latina. Ed. Eudeba.

3 Revista “PRIMERA PLANA”, Nº 297, 3/9/68, pág. 67. Informe sobre la Industria Argentina.